

LEVE HISTORIA DE CUBA

Enrique Del Risco Arrocha. Ha publicado entre otros títulos de narrativa *Pérdida y recuperación de la inocencia* (La Habana, 1994) y *¿Qué pensarán de nosotros en Japón?* (Sevilla, 2008), con el que obtuvo el V Premio Iberoamericano de Relatos «Cortes de Cádiz» y el ensayo *Elogio de la levedad. Mitos nacionales cubanos y sus reescrituras literarias en el siglo XX* (Madrid, 2008). Fue coeditor de la antología *Pequeñas resistencias 4. Antología del nuevo cuento norteamericano y caribeño*, (Madrid, 2005) y editó la antología *El compañero que me atiende* (Madrid, 2017). Sus libros más recientes son *Siempre nos quedará Madrid* (Nueva York, 2012) y *Enrisco para presidente* (Nueva York, 2014).

Francisco García González. (La Habana, 1963). Narrador, guionista de cine y periodista. Es licenciado en Historia en la Universidad de La Habana. Entre sus obras se encuentran: *Juegos Permitidos* (1994), *Color local* (2000), *Presidio Modelo: temas escondidos* (2002), *¿Qué quieren las mujeres?* (2003), *Historia sexual de la nación* (2005), *Leve historia de Cuba* (2007), *Escribas en el estadio* (2007), *La cosa humana* (2009), *Todos los cuentos de amor* (2009), *La reja entreabierta* (2009), *Antes de la aurora* (2012) y *The Walking Immigrant* (2015). Cuentos y artículos suyos han aparecido en antologías y revistas en Cuba, así como en México, Argentina, Chile, España, Estados Unidos y Canadá. Escribió los guiones de las películas cubanas *Lisanka* (2009), *Boleto al paraíso* (2010) y *La cosa humana* (2015); y además, los diálogos del cortometraje cubano-germano *Efecto dominó* (2010). Ha obtenido premios en diferentes concursos: Pinos Nuevos, 1993; Hemingway, 1999; Revolución y Cultura, 1995; Luis Rogelio Noguerras, 1997; Cuentos de Amor de Las Tunas, 1995; Giribilla International Association of New York, 1998; Hubert Bals Fund, 2002; Aquelarre, 2003; Beca UNEAC de La Habana, 2004; Premio Oriente, 2008; la Pupila Insomne, 2009; y Nuestra Palabra, 2011, 2012 y 2013.

Enrique Del Risco
Francisco García González
LEVE HISTORIA DE CUBA



De la presente edición, 2018

- © Enrique Del Risco
- © Francisco García González
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Editorial Hypermedia
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-37-9

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*... el hombre se ha desgastado, reducido, debilitado...
La historia, obra suya pero independiente ya de él,
le consume, le devora y acabará aplastándole...
E. M. Cioran*

*La historia es el error./ La verdad es aquello,
más allá de las fechas,/ más acá de los nombres,
que la historia desdeña:
[...]
La verdad/ es el fondo del tiempo sin historia/ El
peso/ del instante que no pesa
Octavio Paz*

*El general murió al amanecer
la historia se escribe de noche
Eugenio Arango «Totico»*

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN: LAS COARTADAS DE UN LIBRO INÚTIL

Este libro se empezó a tramar hace un cuarto de siglo. Una trama que tenía más de confabulación que de «conjunto de hilos que, cruzados y enlazados con los de la urdimbre, forman una tela». Año 1993. Interior. Noche. Dos amigos, egresados de la Facultad de Historia de la Universidad de La Habana se encuentran en Isla de Pinos. O en la Isla de la Juventud. Como prefieran: de cualquier manera no queda mucho de los unos o de la otra. A nuestros protagonistas podría llamarles Amigo 1 y Amigo 2 pero para humanizar el relato les llamaré Francisco y Enrique. Francisco vive en la Isla desde que se graduó de historiador. Allí trabaja como especialista en el antiguo Presidio Modelo reconvertido en museo. Enrique vive en La Habana donde es historiador del principal cementerio de la ciudad. Enrique y su novia de entonces (y esposa para el resto de su vida) lo visitan huyéndole a los apagones de dieciséis horas que asuelan al país. Una plaga que, según cuentan los entendidos, ha decidido respetar a la Isla de la Juventud: allá los cortes de electricidad apenas duran

cuatro horas. Pese a las apariencias laborales hace rato que los amigos no aspiran a ser historiadores, a dedicar su vida a hurgar en el pasado. En algún momento comprendieron que eso sería imposible en un país de archivos impermeables y editoriales cobardes. Ya para entonces los amigos andan encaramados en el potro desbocado de la literatura, una bestia que por mucho que les cueste dominar al menos pueden enfrentar sin otro aditamento que ellos mismos.

Esa noche del verano del 93 Francisco lee un cuento. De índole histórica, dice, pero a Enrique no le convence. La literatura no debe tomarse ciertas libertades si pretende ser histórica. Deberá seguir ciertas reglas si quiere jugar limpio con el lector. Para Francisco, en cambio, la literatura, histórica o no, es la libertad misma. Y libertad es eso, saltarse las reglas cada vez que estorben. O actuar como si no existieran. Discuten hasta que Francisco, aburrido de tanto bizantinismo, —Francisco en esa y otras cosas es decididamente romano— se sale de la discusión con un reto. Una amenaza casi. «Vamos a hacer un libro entre los dos». Un libro, se sobreentendía, sobre la Historia de Cuba. No quedaba menos sobreentendido que se trataría de un libro de ficciones.

No entraré en los detalles sobre la elaboración del libro, detalles cuyo recuento a estas alturas resultaría, en esencia, falso. Solo diré que fue un proceso divertido y veloz. En una época predigital escribimos los casi cincuenta cuentos que integraron la primera versión del libro en año y medio. Encima lo pretendimos como un libro útil. Un libro destinado a combatir la aberración en que se había convertido la versión oficial del pasado cubano. No aspirábamos a una versión real de los hechos, como correspondería a los licenciados en Historia que éramos.

Íbamos justo en sentido contrario a la realidad, directo a la invención desvergonzada. Intentábamos liberar al pasado cubano del peso de las supuestas verdades en las se apoyaba para justificar lo irremediable y murruñoso del presente de aquellos días. Queríamos liberarnos de aquel falso pasado pero sin pretender dar con el verdadero. Nos conformábamos con que fuera uno que nos resultara medianamente familiar, habitable.

Sería el efecto de tanta hambre y apagones pero lo que nos salió fue un libro perfectamente inútil. Inútil pero vivo. Para Enrique escribir el libro fue una manera de darle la razón a Francisco. *Leve Historia de Cuba* no pretendía descubrir nuevos hechos históricos sino poner en juego los ya existentes desde un punto de vista distinto. Humano quiero decir. De ahí su debilidad por los perdedores, por el peso muerto de la Historia. Por enfrascarse en las vidas y momentos que usualmente no entran en la foto de la posteridad. *Leve Historia de Cuba* está habitada por personajes y momentos que se escapan de esa épica de cartón tabla de los libros de texto y apuntan más a la picaresca: el taíno disidente de su tribu, los desertores de las rebeliones más importantes de nuestra historia. Los que no llegaron a tiempo o los que se adelantaron demasiado.

En octubre de 1995 me fui de Cuba rumbo a España decidido a no usar la segunda mitad de mi pasaje. En mi maleta llevaba, entre mis poquísimas pertenencias de naufrago voluntario y clandestino, el manuscrito de *Leve Historia de Cuba*. Suponía que no sería difícil publicarlo. Suponía incluso cierta avidez por parte de los editores españoles lo cual da una idea de lo mal informado que yo andaba sobre el mundo. A golpe de rechazos fui entendiendo mejor el mundo (editorial) pero la sensatez no está entre las virtudes que me adornan. Por fin, a siete años de

mi salida de Cuba conseguí que Marta Fonolleda, dueña de la barcelonesa Editorial Casiopea, se interesara en el libro. Ya estaba en los catálogos de la editorial como uno de los libros que aparecerían en el verano de 2002 cuando Casiopea se fue a la quiebra, arrastrada por una de las tantas crisis que han azotado al sector editorial en las últimas décadas. No fue hasta cinco años después de aquel desastre, (y a doce de terminar el libro) que, gracias a los esfuerzos del editor de Los Angeles David Landau, *Leve Historia de Cuba* encontró su camino hacia la imprenta de la mano de la editorial Pureplay Press. A lo largo de esos doce años el libro había cambiado muy poco. Si acaso en el camino perdió varios cuentos que consideramos que no estaban a la altura del resto. Y «Compañeros son los bueyes», un relato que intenta resumir el exterminio de las guerrillas anticastristas que la historia oficial recoge como la «Lucha contra bandidos» o la «Limpia del Escambray», pasó a sustituir otro relato que abordaba el mismo tema. A esto le agregué un par de cuentos que escribí a poco de salir de Cuba que redondeaban nuestra imagen sobre el llamado Período Especial. «Un día mortal» era uno de ellos. El otro, «Paralelas», he decidido excluirlo de esta edición porque, al margen del cariño que le tenga, no creo que añada mucho a la historia que este libro intenta construir.

Que aquella colorida edición de Pureplay Press se encuentre totalmente agotada no es pretexto suficiente para justificar una nueva edición de *Leve Historia de Cuba*. Casi nunca hay pretextos suficientes para reeditar un libro concebido un cuarto de siglo atrás. Menos un libro con tan atribulada biografía editorial. Un libro así hoy es más inútil que nunca. Pero en su defensa habrá que decir que hoy *Leve Historia de Cuba* tiene mayor vocación literaria, mayor vigencia para el lector de ficciones, que cuando

fue concebido. Si en 1993 nos parecía necesario burlarnos de las abominaciones de la Historia oficial cubana en el 2018 aquellas supersticiones parecen más invencibles que nunca. No es que hoy el pasado (sea oficial o extraoficial) parezca importarle mucho a los cubanos. Sin embargo esa misma abulia contribuye a convertir tales supercherías en asunto indiscutible. Por mucho que contradigan el sentido común. Díganme si la ficción de un pueblo por siempre enfrentado a su vecino del Norte no es bastante menos verosímil que el momento en que en *Leve Historia de Cuba* Máximo Gómez y José Martí deciden, en un descanso en la manigua, fumarse un porro de *cannavis sativa*. Y no obstante, por inverosímil que parezca la fábula del David isleño y el Goliat gringo, no deja de insistirse en ella por mucho que la que desmientan buena parte de nuestra cultura y el rumbo de nuestros infatigables balseros.

Al respecto, mis conversaciones con egresados del sistema educativo cubano post-Período Especial me han resultado instructivas por asombrosas. A la crítica o desprecio que la mayoría de ellos siente por el régimen en que han crecido le sucede la tranquila aceptación de los principales dogmas históricos que lo justifican. Pero esa mezcla de cinismo político e ingenuidad histórica, por disfuncional que parezca, encaja a la perfección en nuestra nacional esquizofrenia, una esquizofrenia que de alguna manera representa y explica *Leve Historia de Cuba*.

Frente a este panorama *Leve Historia de Cuba* no se pretende como una cura alegre ante el oscurantismo histórico como lo intentaba un cuarto de siglo atrás. El libro, apenas con una distribución más cuidada de la puntuación, con menos erratas que hace una década, propone una competencia entre ficciones desvergonzadas. Hoy el relato del poder apenas disimula su carácter ficticio: con

demostrar su conveniencia e insistir en su ubicuidad le basta. Ya no pretende ser creído, se conforma con que lo repitan. Y hemos tomado tal estado de cosas como una invitación a insistir en nuestras ya viejas ficciones. Las nuestras al menos resultarán más divertidas, detalladas y verosímiles que las del Poder: con el pasar de los años algunas de nuestras historias son algo más que creíbles. Se han vuelto proféticas.

Los últimos cuentos, aquellos que se proyectaban sobre el futuro del país tal y como lo veíamos a mediados de los 90, están cargados de anticipaciones: desde la salida en falso hacia la Gloria del Comandante en Jefe en el 2006 hasta la defenestración del vicepresidente del Consejo de Estado Carlos Lage en el 2009. Eso sin contar con la constante alusión a los conflictos raciales, genéricos y sexuales que han atravesado la historia cubana y sin los que hoy parece no concebirse el mundo pero que en los hambreados noventa cubanos eran, por lo general, invisibles. Todo ello nos evita la tentación de añadirle nuevos relatos y retoques al libro. Porque a fuerza de no pretenderlo *Leve Historia de Cuba* es hoy un documento histórico. El testimonio del efecto que pudieron tener, sobre la imaginación de un par de aspirantes a escritores, razones un tanto desmedidas de hambre, apagones, curiosidad por el pasado y preocupación por el futuro.

Enrique Del Risco
West New York, Nueva Jersey, febrero, 2018

OCTUBRE 12, 1492

En las Islas Canarias se levantaba una enorme estatua de bronce, de un caballero que señalaba con su espada, el este. En el pedestal estaba escrito: «Volveos. A mis espaldas no hay nada».

R. S. Burton, *1001 Nights*, II, 141.

El único Adelantado es Rodrigo de Triana. Los marineros recogen su cuerpo en cubierta. Tiene los ojos salidos, extraviados, se esfuerza vanamente en decir algo a toda costa: gritar por qué se ha lanzado desde lo alto del palo mayor de la «Santa María». Pero la muerte se le hace mala rabia, se lo lleva después de mucha convulsión y vómitos sanguinolentos.

Y sin saber cómo, las naves se precipitan en el vacío donde termina la planicie salada. Nos vamos hacia abajo embarcaciones, fardos, hombres. Todo es al revés de lo que aseguraba el Almirante: no hay Levante ni tierra alguna. La sangre; el fuego; el abrazo del pedernal con el acero, el rayo y las bestias; lo que será y es, no son más que puro delirio: naufragio en la propia orilla. Lo

único cierto es que en la caída he logrado asir el cuello de Don Cristóbal, y mientras forcejamos en la nada, clavo mi puñal en medio de su pecho.

PEQUEÑA CRÓNICA DE INDIAS (E INDIOS)

«... y penetrado en una cabaña que en esas tierras llaman bohío vílos entregados a un juego que al parecer es costumbre en aquellas gentes. Hallábanse todos desnudos como sus madres los parió como que no dejan de estarlo nunca hombres y mujeres y a los primeros veíaseles que entre las piernas laxo les colgaba un cilindro como de la piel misma pero más oscuro y luego las mujeres se les contoneaban y de presto lo frotaban con la punta de la nalga o con otra parte del cuerpo hasta que el dicho artefacto se daba a endurecerse e inflamarse hasta alcanzar cosa de medio pie de luengo y así dispuestos con dicho artefacto en perfecta elevación se aproximaban a la mujer que tenían delante e introducíanle el dicho artefacto en un orificio que estas tienen al efecto y tornábanse a menear con grande gritería al parecer de victoria sin que yo pudiera tener entendimiento de quién fuese vencedor ni vencido porque nadie me explicara las reglas de este extraño juego. Cosa era de alegría verlos jugar cuando encendidos andaban y mucho más cuando las mujeres unas con otras ju-

gaban que por carecer del referido artefacto hurgaban el orificio de su oponente con los dedos y aun con la lengua con lo que hubieran mucho placer y holganza. Y desta suerte todos iban quedando enlazados unos con otros que era de maravilla verlos que al cabo del rato no era posible distinguir unos cuerpos de otros. Y aunque no lo entendiese habría intervenido en aquel juego al que me convidaron de buenas maneras unos mancebos muy bien hechos de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras si no fuera porque un fraile me indicase que aquello era cosa de idolatría e inteligencias con el maligno por lo que tornamos a salir a la intemperie donde aún se escuchaban las voces de contento que el tal juego produce...».

TRÍPTICO

I

Claro que ser Dios es difícil. Lo sé por experiencia propia. Obtener el rango de máxima divinidad dentro de este caserío no ha sido tan complejo como conservarlo. Mis ocupaciones fundamentales son: a) aseguramiento de la fecundidad de las cosechas; b) propagar y controlar las enfermedades respiratorias. Si lo primero obedece a mis inclinaciones naturales, lo segundo me fue impuesto por necesidad. Por si fuera poco, mi envoltura material es una tortuga, ancestro común a todos los miembros de la tribu, con la que asumo la esencia de esta.

Pero todo eso no alcanzó para que cierta vez cayera en el olvido, equivalente a la muerte en quienes practicamos el vicio de la inmortalidad. Año tras año, garantizaba la abundancia de frutos hasta que mi eficacia terminó resultando aburrida. Pensaron que, de cualquier modo, mis favores estarían asegurados. Y tenían razón. Preso por la rutina, me fue imposible escarmenarlos con una cosecha escasa. Mi representante físico,

la tortuga, más que el tótem, parecía la mascota de la aldea. Confieso que fue una fortuna el que apareciesen espíritus errantes empeñados en arruinar los pulmones de mis protegidos. El behíque no sabía cómo contener la expansión de aquellas toses cuando las primeras muertes detonaron la histeria. Los cemíes de moda (el Huracán y el Relámpago) poco pudieron hacer como no fuera acrecentarlas.

Allí donde fracasó el vigor de mis colegas, la experiencia se abrió paso. Propuse a los espíritus infecciosos transformar su terror barato en poder, a cambio de que aceptaran mi mando. Lo demás consistió en ajustar los movimientos de la tortuga a los límites de la sugestión del behíque y sincronizar la intensidad de su devoción con la reducción de la epidemia. Desde entonces, regresó a nosotros (los espíritus, la tortuga, yo) la veneración encarecida de la tribu toda. Ya restaurado el respeto, solo a ratos indico a alguno de mis subalternos que exhiba sus capacidades en alguien escogido al azar, nada personal. Es esa la vía menos costosa de mantener la reverencia de la tribu. Peor sería verme obligado a ordenar otra epidemia.

Por lo anterior no debe juzgárseme, como yo no lo hago con los míos. No he pretendido ser bueno ni malo, sino cumplir mi deber del mejor modo y así, evitarle a mi pueblo tormentos exagerados. Los ritos que inspiro, las ofrendas que acepto, no contradicen la sencillez de mi gente, y si he permitido que a los niños se les deforme el cráneo para que se asemeje al de las tortugas, es solo para dar salida a esas pequeñas tonterías que, de acumularse, pudieran resultar explosivas.

De cualquier modo, me enorgullezco de haber impedido que crueldades innecesarias devinieran en tradición. Cierta vez me ofrecieron el sacrificio de una

niña (de seguro alentados por influencias extrañas) con la pretensión de obtener un adelanto de la cosecha. Tortuga mediante, rechacé la ofrenda del modo más rotundo: hice que el animal ocultara patas y cabeza dentro del carapacho. Desde entonces no se han repetido ensayos de esa especie.

Esto no significa que el universo espiritual de mi tribu funcione sin tropiezos. Desde hace algún tiempo mis precisos mandatos tienden a deformarse en el proceloso cerebro del actual behíque. Las rectas palabras que le susurro a través de la embriaguez ritual de la cohoba son torcidas conforme a su conveniencia. Incluso intentó amaestrar a la tortuga para servirse mejor de sus gestos. Por suerte no se dio por enterada. En verdad, está tan vieja la pobre, que ni a mí me hace caso como debiera. Cuando le ordeno recogerse en su caparazón casi siempre deja afuera una pata, exponiéndola así a la desafortunada imaginación del behíque.

De manera que cada vez se cometen más tonterías en mi nombre. Se ha llegado a construir, a instancias del sacerdote, un estanque dedicado a la adoración de la tortuga. Por si fuera poco atiborra todos sus actos de detallitos concebidos para aturdir almas sencillas. ¿Y yo, qué puedo hacer? ¿Ordenar que mis espíritus castiguen tanta necedad? No me atrevo. Le reconozco al behíque mañas suficientes para revertir cualquier desastre en su provecho, aun más una epidemia. Solo la voz de cierto muchachito ha disentido de la idiotez colectiva, pero, en su salvaje negación, nos incluye a los espíritus y cemíes responsables de la protección de la aldea. Como se ve, no hay mucho que elegir.

Pero hay más. Corren voces sobre seres con facultades extraordinarias llegados a esta tierra. Se habla de su avance devastador, de torrentes de sangre táina ver-

tidos a su paso, de epidemias que revuelven la envidia de mis espíritus. Dicen creer en un Dios que conoce solo el bien. Es uno solo, pero de tal prepotencia, que se atreve a dejar el trueno y el relámpago en las pálidas manos de sus devotos. ¿Qué potestades no tendrá quien concede tanto poder a sus inferiores?

Aunque siempre intuí esa posibilidad, cuando una cosa así sucede, desborda toda previsión. Digamos que sí, que algo de poder y saber infinito es fundamento de todo lo existente, algo que solo sabe de amor, bondad y perfección como dicen ahora labios distantes en lengua extraña. Me pregunto si algo tan bueno puede ser respetado. Claro que no hay que engañarse. Esas nuevas epidemias delatan su complicidad con espíritus más feroces que los míos. Pero no solo eso. Si todo lo que él dispone es bueno y necesario, es obvio que nuestro próximo aniquilamiento también lo será. Yo me pregunto entonces, ¿para qué hemos existido hasta ahora? Si en su sabiduría absoluta no cabe el error, ¿qué somos? ¿Una distracción? ¿Es esa su idea de lo perfecto?

De cualquier manera pienso que alguna solución tiene que existir. Incluso a quien todo lo sabe le vendría bien oír mis consejos. Tantos años de experiencia no merecen ser desperdiciados.

II

La vida consiste aún en el latido unánime de todas las sustancias. El bosque es reino de pájaros y ruidos, refugio de los espíritus de carácter difícil y proveedor de miedos. El miedo es el único alimento que alcanza para todos, con el que la tribu, en su consumo, ratifi-

ca diariamente su razón de ser. Los días son secuela del convenio por el cual luna y sol han acordado alternarse en la majestad del cielo. El cielo escenifica sin pudor lluvias y tormentas, responsables de que los árboles crezcan o caigan sobre la tierra que los sostiene. La tierra, madre de todo, permite que cada año la tribu se alimente con algo más que espíritus, miedos o antepasados comunes. La magia es lo que imanta piedras, animales y hombres. No ser parte es no ser. Pero para él, ahora nada de eso existe.

Con la oscura lucidez de lo que no existe, recorre el caserío. La cabeza, en alto. Dentro lleva un cráneo redondo, orgulloso de rechazar en su infancia la ortopedia ritual de las correas con que pretendían asemejarlo al de la tortuga sagrada. Al principio fue solo el muchacho más malcriado, pero ya hoy soporta, arrogante, que se le acuse de agente de Mabuya, el diablo. Y todo por reírse más de lo debido en algunas ceremonias donde su orgullo le impidió tomar en serio los visajes del sacerdote. Orgullo nunca le sobraré para resistir la soledad que lo envuelve desde que el behíque lo declaró maldito. El mismo orgullo que siempre ha complicado sus relaciones con los demás, ahora le permite sobrevivir al alucinante maleficio de ser la nada. Unas palabras —las del behíque— y él y la realidad se han vuelto excluyentes. Unas palabras justamente han cortado toda comunicación. Algo así como saltar hacia arriba y comprender, justo en el descenso, que el suelo ya no existe. Pero no solo el suelo. Es ajena la familia, el agua, el bosque y todo lo que integra el minucioso contrato establecido entre la tribu y el universo. Llegado a ese punto, ni el orgullo es suficiente. Hará falta algo más sólido en lo que afincarse. Algo fuerte, oscuro y re-

novable como el odio. No odiecillos volubles e intermitentes, sino un odio denso y sin grietas al que entregar un cuerpo y un alma que nada tienen. Si alguien puede hacerlo es él, perenne desafío a la consistencia tribal. Pero eso sí. No encontrará un oído en el que quepa la categoría «farsante» con la que él ha querido marcar al sacerdote y mucho menos un llamado a romper las cadenas de la sugestión. Ahora podrá gritar con la total libertad del que no puede ser escuchado.

Por tanto, en lo adelante, no más desobediencia malcriada. Entre él y el mundo, alguno sobra. Mientras, ambos existen con la esperanza de que el otro deje de hacerlo. El apestado, impaciente, busca los indicios de la próxima desaparición del mundo en cualquier detalle. Puede ser que un fruto caiga fuera de temporada o que un animal muera por causas desconocidas. Primero se entusiasma. Luego espera a que se confirme el presagio. Pasado un tiempo prudencial, vuelve a la búsqueda de una nueva señal, y así sucesivamente.

¿Y mientras? «Mientras» ha sido el intento de demostrarle a la tribu que puede pasárselas sin ella. Primero intenta darle una demostración de esfuerzos solitarios por la subsistencia. Luego decide que nada logra con esclavizarse a los estrechos valores de la tribu. Entonces roba a manos llenas lo que necesita y lo que no. Para algo debe servir ser intocable.

También está lo del deseo. Ese que la mano intenta calmar en ausencia de otro cuerpo (Si el remedio alguna vez fue clandestino ya no le importa practicarlo en lo más céntrico del caserío o incluso encima de la tortuga sagrada). Pero una mano sola no alcanza para tanto deseo. Dos, tampoco. Por eso, hace algunas semanas, aplicó una variante estratégica. Cada tarde se

embosca en el recodo del río donde mejor crecen los juncos con que las muchachas construyen sus canastitas. Es entonces cuando aprovecha para inocularles su pene por sorpresa. Gracias a que, según proclamara el behíque, él no existe, no le ofrecen resistencia y siguen cortando juncos como si nada pasara. Tampoco se quejan ni gimen, y cuando terminan con sus juncos, se levantan y se van sin siquiera mirar hacia atrás. Todo sería perfecto si no fuese porque preferiría sorprender en ellas algún gesto de placer. Es odioso comprobar que los actos propios no alteran las rutinas del mundo. Aunque sí. Alteraciones hay. Hace días ya no aparecen muchachas sino muchachos, igualmente concentrados en cortar juncos mientras él los penetra. Cierto es que, por momentos, delatan una sensibilidad adicional (tenues quejidos, ligeros estremecimientos), mas, en general, muy poca cosa).

Pero algo va a cambiar. La realidad está dando crecientes avisos de su próxima desaparición. La más rotunda, quizás, fue hallar un pez-pega incapaz de adherirse a nada. Aunque también está lo de los diablos blancos. Dicen que por donde pasan matan, saquean y queman hasta fabricar la nada. En verdad, no es esa la idea que se ha hecho del no-amanecer (equivalente taíno del apocalipsis) sino algo más absoluto e indoloro. Para calmarse se repite que solo son señales. De cualquier forma, acaricia la posibilidad. No más behíque, ni tortuga, ni cráneo deformado, ni viento, ni polvo en los ojos.

Tampoco habrá más emboscadas en el río, ni juncos cortados, ¿qué quedará para él? Nada, porque nunca hubo nada. Algún que otro quejido no es huella suficiente. Nada de sentimentalismos. Él no sucedió para ellos. Que no amanezcan tampoco.

Pero he aquí que aumentan los rumores con diablos blancos por protagonistas. El fin se acerca. Quizás demasiado. Tan cerca que ya no resulta deseable. Y ahora va a morir aplastado por el peso de sus propias profecías. Si se piensa arrepentir, no le dan tiempo. Lo culpan de destruir el estanque sagrado. Si ha orinado en él tantas veces, qué tiene de raro que ahora lo destruya.

La tribu no piensa esperar los efectos del maleficio. Ya que los esfuerzos con que erigieron el estanque son también sagrados, se avienen a tocar el cuerpo impuro y arrastrarlo hasta el caney del cacique. Este cede al deseo de todos con la condición de que se amolde a la ceremonia que el behíque improvisa sobre la marcha. En principio le cortan el pelo y le tiñen de verde el cuerpo. Luego lo atan al árbol ritual. El mundo va a adelantarse. El alba queda demasiado lejos y, antes de que la realidad deje de serlo, ya habrá dispuesto de él. Pero he aquí que, en medio de los cánticos, se escuchan truenos tan secos como cercanos. Son los diablos blancos que han llegado. La avanzada del no-amanecer. El hacha ritual no abrirá su pecho. Tenía razón. El mundo termina, aunque sin aquella elegancia que había supuesto. Final chapucero, pero final. Final que llega en los gritos, el fuego, los caballos, los arcabuces y las espadas que reparten su fulgor por todas las carnes. Espadas enloquecidas que al fin le dan la razón y la muerte.

III

No, no puede ser el Altísimo quien inspire tanto horror. Dios es ahora solo un pretexto, una cortina de humo más densa, quizás, que el humo real de los bohíos que

arden. Tú, apenas el pretexto de Aquel. Tú y tu sotana que giran en el vórtice del caserío invadido, buscando a Dios y a la punta del mal para cerrarle el paso. Pero esta noche, el mal con sus fuegos, golpes, cuchilladas, es circular, sin principio ni fin, ubicuo y perfecto como si fuese cosa del Señor. Quizás por eso, justo en aquel infierno (acaso sea la mejor imagen) intentas establecer la inocencia de Dios. ¿Acaso quien todo lo sabe puede desconocer la existencia del mal? La pregunta no está fuera de lugar, todo lo contrario. Solo ahora, entre indias violadas que ven mutilar a sus hijos, adquiere su verdadero sentido y gravedad. La respuesta: sí, Dios conoce el mal, es imposible que lo ignore. Sin embargo, —mañas de la fe y de su amaestrada intuición— eso no significa que Dios sea responsable de la idea e invención del mal. Santo Tomás de Aquino acude en tu auxilio, recordándote que no hay en Dios ninguna idea, ninguna matriz inteligible del mal. ¿A quién corresponde su autoría? ¿Acaso al Diablo? No, un buscador de luz, un humanista convencido como tú no se va a dejar atrapar por tal simpleza, por una explicación tan cómoda de la maldad. Y menos aun, luego de ver el concentrado entusiasmo con que tus compañeros de tropa ejercitan sus crueldades. Ni Dios, ni el Diablo. Es a la criatura humana a quien corresponde la iniciativa e invención del pecado. Si hubiera dudas, bastaría con mirar a tu alrededor. Si Dios fuese responsable de todas las acciones humanas no tendría sentido ni su juicio ni su misericordia, como tampoco lo tendría la obediencia de los hombres. Pero una vez puestos en marcha los engranajes de la lógica, ¿cómo detenerlos? Te dices —mientras a tu lado Don Pánfilo exhibe su destreza balletera en un indio que huye— si no será el mal el

único espacio donde el hombre es totalmente libre. Entonces, ¿por qué no concluir que es precisamente en el MAL donde se halla la afirmación suprema de la esencia humana? ¿Acaso todo lo que sucede a tu alrededor no lo confirma? Lo puedes constatar en el gozo con que Vázquez, el tuerto, azuza a su perro contra el indio que pretendía hurtársele. ¿No ves que el júbilo es compartido hasta por aquel indio atado al árbol que, aun con el pecho abierto por la espada, encuentra fuerzas para reír? ¿Es comparable el fervor con que violan a aquellas indias al que muestran en la mejor de tus misas? «¿Qué digo?» —dices—. «Ni las ideas resisten este calor del demonio». Y dicha la palabra «demonio» reencuentras la senda del hábito. Están acá para traerles la luz a quienes viven de espaldas a ella, no para escarnecerlos. «Deteneos» y sigues gritando que aquellas también son criaturas de Dios a las que hay que proteger y encauzar, nunca destruir. Jimenillo pregunta a santo de qué se debe proteger a estos idólatras. Dijo «idólatras» —¿Qué culto es este analfabeto!—. Y continúa con que no hay mejor servicio a Dios que destruir a quienes lo ignoran, a estos maricones adoradores de tortugas. La noche se cierra en tu cabeza unos instantes hasta que el relampagueo de un pasaje del Eclesiastés te inspira. «Que es mancilla la ofrenda del que hace sacrificio de lo injusto, que no recibe el Altísimo los dones de los impíos, ni mira a los sacrificios de los malos» y, soltando unos cuantos cojones, pasas frente a la boca abierta de Jimenillo y caminas hasta entrar en la cabaña mayor. Es allí donde las espadas han estado más activas. Solo sobreviven los que a tiempo treparon hasta las vigas del techo. Hasta allí llegan las palabras con las que tratas de infundirles confianza: «No más, no más, no hayáis

miedo, no habrá más, no habrá más». Solo uno, muy joven se atreve a descender, pero no bien toca tierra, Don Hernando le desparrama los intestinos con su alfanje. Llegas hasta el indio que intenta ganar la puerta con las vísceras en las manos. Entre arqueadas vas susurrando rudimentos de la fe, hasta preguntarle si quiere ser bautizado. Un nombre nuevo para que Dios lo reciba en el cielo. Ese es tu éxito. Lograr que un indio muera llamándose Rodrigo. Luego tendrás que escuchar confesiones y absolver a los pecadores que se justificarán con este calor loco y pegajoso. Qué quieres, ese es tu papel. Ese, no el de repartir empellones ni armar esa algazara en que excomulgas a todos. Por ahora, con la fe y la sorpresa de tu parte logras detener la carnicería. Pero, más adelante, ¿quién te tomará en serio? A lo menos dirán que te has dado al demonio, ¿lo ves? Y una vez más arrearé —reconoce, al menos, que injustamente— con las culpas.

EL ESPEJO IMPACIENTE

El pueblo bayamés necesitaba comerciar con todo el mundo para vivir. El gobierno español no pudo poner fin al comercio de rescate. Esa era la rebelde respuesta de los criollos al monopolio establecido por la Metrópoli en beneficio de los mercaderes de España...

Historia de Cuba. Colectivo de autores.
Edit. Pueblo y Educación, La Habana, 1972.

La primera composición poética escrita en Cuba de que se tiene noticia es un poema en octavas reales titulado Espejo de Paciencia, obra de un canario, llamado Silvestre de Balboa, que residía en Camagüey. Su asunto es la captura del obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano por el pirata Girón y su rescate por los valientes bayameses.

Morales, Vidal., *Nociones de Historia de Cuba.*
Obra de texto aprobada por la Junta de Superintendentes de Escuelas el 9 de abril de 1901., pág 252.

«No todos, no todos» piensa mientras saca los cáñamos del agua. Ahora, cuando los tunde con la espadilla, calcula lo mucho que falta para que aquellos filamentos

lleguen a tejidos y finalmente a ropa. Lo fácil sería ir a la costa a rescatar con cueros y sebo. Tendría, si quisiera, no ya unas cuantas varas de cañamazo o ruán crudo sino terciopelo negro labrado o hasta seda. Pero él sabe bien lo que eso significa: entrar en tratos con los piratas luteranos afincados en la Manzanilla. Cierto que en aquel comercio hasta el más acrisolado se mancha. «¡Pero no todos, no todos!». se repite aferrado a su orgullo de cristiano viejo. Natural que en esta villa, saturada de advenedizos, portugueses, judíos conversos, la mayoría arriesgue la solidez de sus doctrinas. Cierto que ante el retardo de las carísimas mercaderías que vienen de España no ven otra salida. «¡Pero sí la hay!». y con útil furia renueva golpes sobre los cáñamos.

A nadie ha logrado convencer de los placeres de sustentarse solo con lo que sale de manos propias. Su prédica ejemplar lo único que ha conseguido es la desconfianza del prójimo, que lo ve como espía de las autoridades de La Habana y, en consecuencia, erige en torno suyo un asfixiante vacío comercial. Así, a lo que comenzó como cuestión de principios hoy le debe la subsistencia. Y todo en la más estricta soledad, porque, aunque pudiese, no está dispuesto a pagar treinta o cuarenta cueros por un negro. Y de la mestiza Micaela nada quiere saber. Esa piel tostada ¿cuánto no le deberá a las llamas del infierno? Desde que rechazó el matrimonio que le ofreciera, nada quiere saber de aquellas ancas enormes y desfachatadas. Él solo se basta para criar sus animales, componer sus comidas, aliñar sus ropas. Eso, porque los tejidos han sido, son, su mayor reto. No se ha hecho traer gusanos de seda por ser cosa de moros e infieles, pero con el cáñamo sus progresos ya son notables.

También es cierto que la fabricación de cañamazo está fuera de la ley pero es preferible la infracción honrada, al

más leve contacto con los cismáticos. Ha visto que no solo telas o vinos se adquieren en los rescates. Además, vienen de regalo, librillos que traen traducidos de su lengua a la nuestra, sus graves y manifiestas herejías. Y todos contentos porque los herejes no carecen de malicia. En la playa han establecido juegos de bolos y un médico ejerce sus servicios gratis de modo que desde el pueblo van a curarse incluso las mujeres. Pero de aquellos luteranos no ha de ser buena ni la salud.

¡Y no se diga que la villa ha salido ilesa de aquellos tratos! No es otra cosa que la poca devoción y cristiandad lo que mantiene a la casa de Dios en ruinas. Cuando el cabildo es una guarida de contrabandistas poco se puede esperar. El amancebamiento y las francachelas son pan diario; negros que se visten de seda y borrachines que se las dan de poetas. El traficante Pompilio Genovés es más mentado que Su Majestad y ya siquiera vale la pena confesarse con curas entrenados en toda clase de pecados. Es fama que Manso del Campo apuñaleó a su mujer a causa de su intenso trato con Fray Jacinto Iraegui, el cual, por castigo, recibió una imprudente canonjía. Todavía indios o negros pueden encontrar disculpas en su ignorancia en cuestiones de fe. Pero son justo los más responsables quienes incitan al rebaño a darle la espalda a Su Majestad y a Dios. Cuando el Teniente Gobernador vino a arrestar a los rescatadores ¿no terminó siendo él mismo presa de los culpables? Y ahora, que el señor Obispo viene a honrarlos con su presencia, se pregunta si podrá destruir el edificio de engaños en que han encerrado al santo varón los principales de la villa. ¡Si pudiese llegar hasta él y explicarle cuánto se defraudan los principios de Nuestro Señor en estas tierras! Pero le sobrecoge la dignidad con que Fray Cabezas desfiló en su mula, tanto como la hostilidad de su oficioso séquito. Entre dientes lo

amenazaron con denunciar su escueta producción de cañamazos. ¡Como si en algo pudiese afectar al monopolio de la casa de Contratación allá en Sevilla! Mal aconsejada está su Majestad si ve peligro en ello. Pero ahora, silencio. Vale más quedarse quieto y rezar porque un milagro reintegre esta villa a la recta senda de la fe y la decencia.

Enfrascado en ajustar las prensas del queso lo encuentra la noticia que le trae Micaela: el Obispo es preso por un pirata francés nombrado La Ferrier. Mil cueros, cien arrobas de carne y tocino y, en dineros, doscientos ducados es lo fijado para el rescate (del Obispo esta vez) gracias a la eterna diligencia del tal Pompilio Genovés. Estrecha es la contribución de quien nada comercia y apenas produce para sí mismo. Con todo, se desprende de quince reales y algún tasajo que entre burlas reciben los que acopian el rescate: maleantes que de las penas del santo varón tienen culpa no sencilla. Por fortuna, el trueque funciona, pues se ha visto que el dar ablanda a todo género de gentes. Pronto viene el bendito pastor de contento y alegría llorando. En desagravio, los vecinos le entregan un aluvión de obsequios: mehí, tabacos, mameyes, piñas, tunas, aguacates, mamones, plátanos, camarones, biajacas, guabinas, iguanas, patos y jutías. El que poco puede ofrecer le entrega al prelado una jicotea que en el Masabo encontrara.

De vuelta a su estancia encuentra que la Pintada ha escapado. Grave cosa para quien, contra las desganadas costumbres de los hateros, prefiere mantener sus reses en cercado. Pero por buscar a la Pintada no puede incluirse en la partida de valientes que el alcalde Gregorio Ramos colecta para castigar al temerario La Ferrier. Nada supo de la imponente marcha de diez leguas; ni de la emboscada, ni de la arremetida al grito de «¡Santiago, cierra España!»; ni de la braveza, la furia y el ímpetu que a la victoria cierta condujo.

Nada de esto supo hasta que no apareció a la vista de la villa, la exótica infantería con la cabeza del pirata en la punta de una pica, imagen completada con la habladora alegría de los héroes. De repetidas y celebradas, las hazañas de Miguel López de Herrera, del negro Salvador o del alcalde, se van ahuecando en sus oídos. Maldice a la Pintada y a su suerte que le impidieron enfrentarse a sus enemigos jurados, esos herejes que todo lo corrompen. Extraños designios los que le negaron esa oportunidad mientras los máximos forajidos del poblado reciben toda la gloria y la bendición del Obispo.

Confuso asiste a las celebraciones donde la alegría navega entre marejadas de vino contrabandeadado. La Micaela ha ido a dar a las piernas de Jácome Milanés, fanfarrón como hay pocos, que revolea en la mano un chuzo imaginario. Habría que ver si en el momento preciso mantuvo la compostura de que ahora se ufana. Y ese alcalde, el más villano de todos, doble cara para los herejes: ayer los trata, hoy los mata. «Reíos ahora» piensa mientras traga su vino amargo —paga la casa— y escucha los detalles de la muerte de La Ferrier. El luterano y el negro se embisten y del golpe queda desnudo este y el francés con malla. Y ahora las groserías que aluden a las obscenas proporciones del esclavo. Se malicia el asombro del francés y la presteza con que Salvador aprovechó tal desmayo para afincarle su lanza en el pecho. Vuelven todos la vista hacia la cabeza que pende ensangrentada, buscando quizás la huella del último asombro, o el penúltimo, —siempre el de la muerte al final— en los ojos sin vida del pirata. Tanta risa para no ver los peligros de que un negro vaya matando blancos con total alabanza y aplauso. El Obispo, achispado con la sangre de Cristo, promete solicitar al Rey el perdón para los heroicos traficantes de la villa. La promesa abarca un solemne Te Deum con motete incluido y solo el sueño le impide seguir prometiendo. Aho-

ra ve todo claro. El Obispo —¡ah, tonto!— es cómplice de los contrabandistas. Ello explica la captura en la apartada hacienda, la diligencia del Genovés y del alcalde. Siento pena por todos, incluidos Dios y el Rey, tan mal servidos están. No en balde sus mejores siervos siempre quedan a la sombra. Y entonces se le escurre un lagrimón que los velos de la noche y el vino logran encubrir. Pero no sabe lo peor. No sabe que cuatro años después aparecerá un poema inspirado en los hechos, compuesto por Silvestre de Balboa, escribano tramposo (¿acaso habrá el que no lo sea?). En octavas reales bruñirá la gloria de sus rufianes amigos, distribuirá afeites, velará inconveniencias que el tiempo y la mala memoria convertirán en la primera obra literaria de la isla, la piedra fundacional de sus letras. De él, en cambio, no quedará rastro. ¿O sí? Bueno, en el poema hay dos líneas que hablan «De aquellas hicoteas del Masabo/ que no las tengo y siempre las alabo» pero el obsequio se atribuye a unas himniades. Aunque es casi seguro que él no pediría más, pues es propio de la decencia ser discreta. De todas maneras, ¿ante quién habría de vanagloriarse? ¿A quién le importarían jicoteas más o menos? Pero extintos los cantos de la victoria, aplastado el lagrimón contra su rostro, ya nada le importa. La mayoría duerme, incluido Jácome Milanés que ha aflojado sus garras de la Micaela caída hacia delante (tan cerca de él) ¿Arriesgará el agarre de una teta con esa torpe mano? (¿esa que no ha estado a tiempo de matar ni a infiel ni a cristiano?) El asunto es sencillo. Ahora o nunca.

ÍNDICE

Prólogo a esta edición:	
Las coartadas de un libro inútil	9
Octubre 12, 1492	15
Pequeña Crónica de Indias (e indios)	17
Tríptico	19
El espejo impaciente	30
En la calzada de Jesús del Monte	36
Sitio y toma con vista al mar	45
El laberinto del cautivo	58
Cadenas de libertad	63
Nacida libre (<i>primus in Cuba</i>)	70
Ecos de camino	77
Patriotest	87
S.O.S. Titán (San Luis Blues)	89
Los duelistas, 1878	92
Vuelo nocturno	94
Waycross, 1894	99
Mayo 6 y 1895	105
Lo más sublime	109
Higiene es salud	126
El niño de los hoyitos	132
Presidio modelo	137
La Habana, 5 de febrero de 1933	139

Campesinos felices	143
Penúltimas aventuras del soldado desconocido cubano	148
Carnaval	161
Él sabe	172
Apuntes para una cronología de la lucha insurreccional contra Batista en Tiñosa Blanca (1952-1958)	176
En la Aurora	190
Con la Maruca	203
En el kilómetro 36	217
Compañeros son los bueyes	222
Cantar de gesta.	245
Post-épica	264
En casa del trompo	268
Uno, dos y tres, qué peso más chévere	279
Letras en las paredes	283
Un día mortal	286
Leve historia	297
Epílogo	299
Cronología	310

